

carcajada bajo los cielos tu cara ancha. Y fuiste esclavo; sentiste el látigo encender tu carne de humana cólera y cantabas...! ¿Tú amaste alguna vez? ¡Ah, si tú amas, tu carne es bárbara! ¿Gritaste alguna vez? ¡Ah, si tú gritas, tu voz es bárbara! ¿Viviste alguna vez? ¡Ah, si tú vives, tu raza es bárbara! ¿Y es sólo por tu piel? ¿Es todo por el color? No es sólo por el color, mas porque eres bajo el prejuicio de la raza, hombre explotado”.

Africa, la tierra grande, de verde y de sol, como la denominó Adalberto Ortiz, parece renacer de esta intoxicación inhumana que envuelve a la civilizada raza blanca, a la que es necesario recordarle a nuestro siglo que “yo soy el hermano negro”, “yo también soy América”. ¡Pues, claro que sí! Has levantado casas, “y en el humo de un tabaco ruin, sentís con la ilusión el de la tierra de Cuba. Levantando con una mano la antorcha de Vertieres, y con la otra rompiendo las cadenas de la esclavitud, nacimiento de la libertad de toda la América española. Has devuelto el uniforme de guerra y has guardado, no obstante, las heridas cuyos labios cerrados hablan en voz baja. Y esperas la próxima llamada, la inevitable movilización: porque tu guerra no ha conocido treguas, que no existe una tierra en que no se haya derramado tu sangre, ni lengua en que tu color no haya motivado insultos”, cantó Juan F. Briere.

Con *Poesía negra*, Juan Felipe Toruño se sitúa entre los literatos americanos más responsables, por su sentido humano y por su concepto de poesía liberadora, que establece una conciencia de acción estética y social. Este trabajo tiene la virtud de mantener erguida una posición sentimental, una corriente ya universal de valores concentrados que llaman al corazón del hombre hacia su reconstitución. Toruño ha puesto el problema en la fragua.

CAMPIO CARPIO

JORGE CARRERA ANDRADE, *Familia de la noche*, 2ª ed.—(París: Edition-Imprimerie des Poètes. [Colección Hispanoamericana], 1954), 56 pp.

Cinco poemas en total constituyen este breve y bello libro de Jorge Carrera Andrade: “Familia de la noche”, “Elegía a Pedro Salinas”, “Dic-tado por el agua”, “Las armas de la luz” y “Transformaciones”. Todos ellos muestran la habilidad del poeta en el uso del endecasílabo, el hepta-

sílabo y el alejandrino, en combinaciones varias, pero siempre sueltos, salvo en "Dictado por el agua", serie de seis silvas. Con su fidelidad al metro y su omisión de la rima, Carrera Andrade ha logrado en este libro un elegante equilibrio entre la regularidad y la libertad; pero es de notar también que cuando se somete a la vez al metro y al consonante, como en el caso de "Dictado", la espuela de ambas dificultades le hace crecerse y realizarse en versos de extrema precisión y belleza.

En el poema "Familia de la noche" —elegía a sus padres y a su propia infancia— surge desde el primer verso la presencia de la madre del poeta; tema ya anteriormente conocido en su poesía: recuérdense el espléndido "Segunda vida de mi madre" y las alusiones a ella en otros poemas, por ejemplo la que aparece en "Biografía para uso de los pájaros." La consistencia emocional del escritor en este sentir, le hace seguir envolviendo a la figura materna en símbolos también consistentes, como los anteriormente empleados. A veces evocan la suavidad de esa madre, de "sílabas de niebla" hoy, como de "andar de nubes" antes. Otras veces subliman su apariencia: "En esa puerta, madre, tu estatura / medías, hombro a hombro, con la tarde", como antes la vió "revestida de poniente" y "humilde majestad". O bien reiteran la certeza del poeta en el magisterio materno, presente en poema de hace años, "en esas dulces cosas que me miran / en un orden celeste dispuestas por tu mano"; orden del que aquí ella misma es parte consustancial en su cielo: "... país de tierra transparente / donde medita sin moverse el tiempo / y ocupan su lugar los seres y las cosas / en un orden eterno."

Fundidas con la de la madre, van otras dos imágenes que a su vez se entremezclan en la memoria del poeta: infancia y tierra natal: "Tu geografía, infancia, es la meseta / de los Andes, entera en mi ventana." También en esto muestra Carrera Andrade la persistencia de las percepciones en su recuerdo. Por ejemplo: "¿Es con tu voz nutrida de luceros / gallo, astrólogo ardiente, / que entreabres la cancela de la infancia?"; antes había escrito: "El valle estaba allá con sus haciendas / donde prendía el alba el reguero de los gallos." El gallo, cantor matutino, regalo de los ojos, visto y oído en sus días de niño criado en el campo, no se acalla ni se apaga en la memoria de Carrera y luce a menudo en su poesía. Acabamos de verlo como recuerdo de la iniciación de su vida, su infancia; al comienzo de su "Boletín de viaje" por el mundo de los hombres, encontramos igualmente el gallo —"Sobre el tejado del mundo / puso el gallo a secar su canción de colores. / La luz era ya pesada

como un fruto"—; y en el "Inventario de mis únicos bienes", el bien final, "ese maíz innumerable de las astros", es el "que los gallos del alba picotean / hasta el último grano." El recuerdo total de que Carrera Andrade es capaz (como Proust, pero sin delicuescencias), la viveza, y la vivencia, de sus percepciones primeras, y constantes, podría seguir documentándose observando en este poema y en otros anteriores las imágenes del caballo y de la paloma, del maíz y de la caña de azúcar, y tantas más. No se olvide la de la lluvia, el río, el agua, que en "Familia de la noche" baña también el ambiente de su infancia y de su tierra: "La cita puntual del alba y del rocío"; "Por el cerro salía en procesión la lluvia"; "El agua universal pasaba la frontera"; "y ese río que va de fruta en roca / midiendo a cada cosa la cintura / y hablando en un lenguaje de guijarros / que repiten las hojas de los árboles." El poema evoca constantemente el agua del trópico. Y es que Carrera Andrade ha utilizado reiteradamente en su poesía, para diversos menesteres, pero generalmente como signo de cosa en flujo vital, la imagen del agua —lluvia, rocío, manantial, río, mar— obsesiva por lo visto desde su infancia: "Yo amaba la hidrografía de la lluvia"; "la nube donde palpita el vegetal futuro"; "Oh río agricultor que el lodo amasas / para hacerlo fecundo en tu ribera." Podrían seguir acumulándose las citas.

Madre y Ecuador, antepasados e infancia, cielo y agua, verano y polvo, frutas y aves, casa y sol, van siendo rememorados, vueltos a ver, vueltos a vivir en el poema, y preparan la colocación en las estrofas finales del arquitrabe del edificio que Carrera Andrade ha ido elevando en esta poesía —la figura de su padre: "patriarca, hombre de ley, en cuyas manos / nacen las cosas en su sitio propio", el creador de la familia, del agro, de la sociedad, del orden justo. La brevedad de su aparición en el poema —tres estrofas de las veintiuna de que consta— intensifica, a mi entender, la solemnidad de su presencia, de súbito cortada por la muerte. Y tras ésta, en la última estrofa, el impacto de la desolación en que su ausencia definitiva deja al hogar y la tierra:

Es el pozo, privado de sus astros
 noche en profundidad, cielo vacío,
 y el palomar y la huerta arrasados
 se llaman noche, olvido.
 Bolsa de aire no más, noche con plumas
 es el muerto pichón. Se llama noche
 el paisaje abolido. Sólo orugas habitan
 la noche de este rostro yacente entre las flores.

El segundo poema del libro, "Elegía a Pedro Salinas", canta al poeta español en su muerte. Sospecho que Carrera Andrade la ve en estos versos más que nada como una liberación: liberación de Salinas de su exilio de la tierra nativa, ya que al llegar al umbral del tránsito: "De un golpe entró en tus ojos Madrid con sus geranios: / ¡venía a visitarte la muerte desde España!"; y su liberación de esta tierra, de este mundo, en el que los hombres "conducían en triunfo al Cero, vil monarca", el mismo Cero que en sus últimos años tanto preocupó a don Pedro, el Salinas entristecido e indignado por las "ruinas que esparce un cero —autor de nadas, / obra del hombre—, un cero, cuando estalla." Bello homenaje también al castellano, al catedrático y al poeta, los versos: "sentáronse a la mesa las universidades / a gustar tu palabra, tu herencia de molinos / bien cocida en el horno de los ángeles." Quien haya disfrutado la conversación de Salinas, quien haya escuchado una conferencia suya, quien haya leído sus poemas, le reconocerá de cuerpo entero, de alma entera, en esas líneas.

"Dictado por el agua" y "Las armas de la luz" son poemas en los que Carrera Andrade, hombre de sentidos tan agudos, de ojos abiertos ante la naturaleza, maravillosamente "objetivo" si se quiere, parece ahora encaminar sus percepciones hacia una pregunta ultrasensorial, teleológica acaso.

Cierto es que son unos pocos poetas, como Jorge Guillén o Jorge Carrera Andrade, quienes en nuestra época de desorden y de angustia han expresado el esplendor de los seres y las cosas como un orden que salva la razón, que da sentido, en la realidad, a la vida. Cierto es que la poesía de Carrera Andrade es la de un hombre que usa las armas de los sentidos, la luz de la razón, "las armas de la luz." Con qué amor busca este poeta, solo, y por sí sólo, ardientemente, la claridad: la del agua de vida, la de la luz de la realidad. Pero esa claridad cenital a la que aspira no se le ofrece fácil ni diáfananamente. Le parece sentir una guerra civil entre la luz y el "Gran mirlo de la sombra", y esta lucha no se va a resolver sin agonía: "En la escala que sube del guijarro / a la escama, a la hoja y a la pluma / una armonía pávida interroga." Y un peldaño más allá él mismo se pregunta: "¿Quién soy? ¿En dónde estoy?":

Soy el soldado del lirio y de la avispa
y simétrico servidor del mundo;
tengo un ojo de sol y otro de sombra,
un punto cardinal en cada mano
y ando, miro y trabajo doblemente
mientras dos veces peso en la balanza
el vinagre y la miel de cada cosa.

¡Qué lejos está esto de "Lo fatal", de Darío, por ejemplo!; pero al mismo tiempo en esa lucha entre sol y sombra siente Carrera que hoy no conoce la solución definitiva. Un tiempo quizás la tuvo en la mano, lo absoluto en lo sensible, en el hombre, las cosas, la vida, la morada terrestre; pero hoy se lamenta porque no alcanza a ver "más allá de las nubes"; hoy halla siempre cerca las "frescas emboscadas de la sombra." El poeta quiere una claridad meridiana en su mundo, pero percibe una niebla en su horizonte, espacio de sombra que igualmente quisiera penetrar y aclarar, y acaso se pregunta si para ello le bastarán "las armas de la luz."

"Transformaciones", el último poema de *Familia de la noche*, añade la página de hoy al dietario de una autobiografía poética que Carrera Andrade viene regalándonos desde hace años. ¿Qué transformación siente el poeta realizarse en él mismo? En el "Inventario de mis únicos bienes", por citar un solo caso de su empleo de este símbolo, incluyó Carrera Andrade "la ventana / mi propiedad mayor." Hoy se nos presenta viviendo en una "alquilada tumba con ventanas", con "dos ventanas". Desde allí cumple su trabajo. Una de esas ventanas, la que encara la luz, nos es familiar, ¿será la nueva ventana la que mira hacia lo oscuro?

Para terminar, debe anotarse que el empuje de esa nueva inquietud no ciega en este libro la fuente de versos memorables, derivados de la extraordinaria percepción sensorial de la realidad que le circunda, en los que Jorge Carrera Andrade ha estado siempre tan acertado (por ejemplo, agua, "fortuna de cristal, cielo en monedas"; o, avispa, "minúscula amazona, miel armada"); pero su mayor éxito es el de madurar y saber mejor —y saber más— su poesía en cada nuevo poemario que publica.

LUIS MONGUIÓ,
Mills College, California.